

tenían sobre las andas, y arrancado de su asiento el monarca; despojáronle al punto de sus adornos y le amarraron y encerraron en lugar seguro. La matanza de los indios sitiados en la plaza continuó hasta que aquellos infelices, horrorizados al ver la muerte ante sus ojos, se replegaron en tan compacta masa contra una cerca de ladrillos, que ésta se derrumbó, y por el ancho boquete abierto pudieron huir. Cual impetuosa corriente desparramáronse por las llanuras, pero también allí hallaron muchos la muerte á los golpes de sus perseguidores.

Escasamente media hora duró la espantosa carnicería, y sin embargo casi todos los grandes del reino habían sucumbido. Tan sólo en la plaza se contaron dos mil cadáveres. La noche con sus sombras puso término á la matanza, pero la luz del nuevo día alumbró la sangrienta hecatombe que tuvo lugar cuando los españoles atacaron el campamento peruano, á cuyas numerosas huestes, ya privadas de guía, lograron dispersar después de una corta refriega.

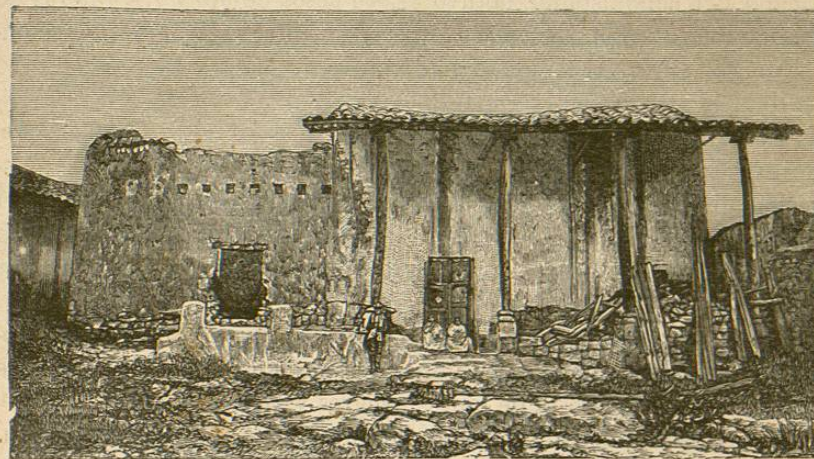
Riquísimo botín cayó en poder de los vencedores: adornos de oro y plata de variadísimas formas; valiosos tejidos; magníficas esmeraldas y grandes rebaños de llamas. Los prisioneros, entre los que se hallaban unas cinco mil mujeres y sirvientas del Inca, fueron repartidos como esclavos, y más de un español se encontró por esta causa dueño y señor de doscientos individuos de ambos sexos.

Por consecuencia de aquel atrevido golpe se habían hecho los españoles dueños absolutos de la situación. Los pueblos del Perú no pensaban en oponer resistencia; pues con la persona del Inca les habían quitado la fuerza, por ser aquél el alma de todo el Estado, y sin cuyo asentimiento nadie se atrevía á intentar lo más mínimo, como lo patentizan claramente las siguientes palabras que Atahualpa contestó á Pizarro, al decirle éste que corría la noticia de que un poderoso ejército indígena se reunía en Huamachuco, para atacar á los españoles: «Sin mi voluntad y sin mi permiso no se atreve á volar ningún pájaro en mi reino ni á moverse una hoja en el árbol; pero yo no seré tan necio que azuce á mis guerreros contra vosotros mientras me halle en vuestro poder.»

El prisionero comprendió desde luego que, más que su conversión evangélica, lo que importaba á los españoles eran sus tesoros. Y con objeto de lograr su libertad é impedir que su hermano Huascar, que aún vivía, y que se hallaba bajo la custodia de los generales de Atahualpa, Quizquiz y Chalcuchima, fuese elevado por ellos al trono, ofreció el Inca á Pizarro un verdadero tesoro por su rescate.

Con gran tacto procuró saber Pizarro la cantidad de oro que el prisionero le daría, á lo que contestó Atahualpa que estaba dispuesto á llenar de vasijas de oro y plata la gran sala que le servía de cárcel (tenía siete

metros de largo por seis de ancho) hasta la altura que alcanzase su mano, lo cual admiró sobremanera al castellano, y añadió, que en el término de dos meses lo tendría todo reunido para ponerlo á su disposición. Y en cuanto Pizarro le hubo prometido ponerle en libertad tan pronto como cumplierse su promesa, ordenó el soberano que saliesen mensajeros en todas direcciones para reunir los tesoros del reino. Penosamente arrastradas por caravanas de indígenas afluyeron como un torrente á Caja-



La casa de Atahualpa cerca de Cajamarca en la cual tuvo Pizarro prisionero al Inca

marca todas aquellas riquezas trabajosamente acumuladas por muchas generaciones en los templos del Sol y en los palacios que el Inca tenía en Cuzco, Huamachuco, Huaylas, Puitu y Siclapampa, las cuales riquezas consistían en vasijas y platos, planchas, adornos y estatuas de hombres y de animales, reproducciones de frutas, árboles y flores, objetos todos de oro y plata primorosamente trabajados. Al lado de esto veíanse además artísticas fuentes con los recipientes de oro y los surtidores de plata.

Y todas aquellas preciosidades, que representaban el gusto artístico de varias generaciones y siglos de trabajo, fueron arrojadas con indiferencia en el horno de fundición y convertidas en barras.

Por fin, el 25 de julio de 1533 procedióse al reparto del botín. Con gran descontento de Pizarro habíase presentado de improviso Almagro, procedente de Panamá con 150 soldados de infantería y 80 jinetes, y el cual alegó que, según el contrato, les pertenecía á él y á su gente la tercera parte del botín. Inútilmente quiso hacer valer Pizarro que él solo había llevado á cabo el golpe de mano contra el Inca; Almagro, que, como ya sabemos, era de carácter violento, no se dejó convencer y obligó á su compañero á darle una indemnización.

El peso de las barras de oro arrojó un valor de 1.326,539 pesos, que, teniendo en cuenta que el precio de este metal en aquella época era por lo menos cuatro veces más elevado que en nuestros días, ascendió á unos quince millones y medio de duros. Además de esto repartieronse 25.805 libras de finísima plata. Descontada la parte perteneciente á la corona, tomó Pizarro para sí 57,222 pesos de oro y 1,175 libras de plata, además de la gran silla de oro ó trono del Inca, tasado en 25,000 pesos. Hernando Pizarro, hermano del conquistador, obtuvo 31,800 pesos de oro y 1,175 libras de plata; el capitán Soto 15,740, y 362 respectivamente. Cada jinete fué recompensado con 8,880 pesos de oro y 181 libras de plata, y cada soldado de infantería con 4,440 y 90 $\frac{1}{2}$. Almagro obtuvo 30,000 pesos de oro y 5,000 libras de plata, y á sus soldados 20,000 pesos de oro, á los que habían quedado en San Miguel 15,000, quedando en depósito 2,200 para la construcción de una capilla en Cajamarca. El segundo aliado de Pizarro, el sacerdote Luque, había fallecido entretanto en Panamá, y del licenciado Espinosa, instituido por él su heredero universal, no hicieron el menor caso.

En posesión los españoles de tanto dinero, entregáronse á la vida propia del soldado en campaña y algunos perdieron al juego en una noche el premio obtenido á costa de tantos peligros y privaciones.

Además, las riquezas que habían llegado á manos de los soldados tuvieron rápida depreciación á consecuencia de haber descendido el valor del oro y aumentado el de las mercancías europeas. Por un caballo se pagaban 2,500 y hasta 3,500 pesos de plata; una espada costaba 40 ó 50; una capa 100 ó 120; un par de botas 30 ó 40 pesos de plata.

Por más que Atahualpa hubiese cumplido su promesa dando un rescate que parecía fabuloso hasta al mismo Pizarro, éste no pensaba devolver la libertad al Inca, pues temía que una vez libre reuniese inmediatamente todas las fuerzas de su reino para arrojar de él á los españoles, mucho más por haber éstos cometido lamentables excesos durante varias excursiones, no respetando ni á las vírgenes del Sol, que eran consideradas como sagradas. Por lo tanto, para quedarse dueños absolutos del país era preciso retener prisionero al Inca ó quitarlo de en medio. Se optó por esto último, pues la custodia del Inca proporcionaba serios cuidados, y además se entretenía gran parte de las tropas para este objeto. Arraigada la idea de que la muerte del Inca era una necesidad impuesta por las circunstancias, echó cada vez más sólidas raíces en el ánimo del conquistador, que no halló dificultad en buscar pretextos que diesen á tal resolución justificadas apariencias.

En primer lugar consignóse que Atahualpa había dado orden á sus generales de matar á su hermano Huascar, que se hallaba en poder de

éstos. En efecto, durante la prisión de Atahualpa, había sido arrojado Huascar por un impetuoso torrente de la montaña; pero no está comprobado que este asesinato se llevase á cabo por orden de Atahualpa.

Afirmaba además Pizarro que el Inca tramaba un levantamiento general de los indígenas contra los españoles, y aunque el soberano demostrase claramente lo infundado de tales sospechas, asegurando nuevamente que sin su consentimiento nadie tomaría las armas, y por más que el valiente Soto hubiese recorrido todo el país y visto que reinaba en todas partes tranquilidad absoluta, fué sostenido este pretexto para poder comenzar el proceso contra Atahualpa.

Además se le acusaba de haberse apoderado sin derecho del Imperio Inca, y también de haber dispendiado los ingresos del reino, perjudicando con ello á los españoles; acusábasele asimismo de rendir culto á la idolatría y á la poligamia. El escrito acusador redactado para justificar á Pizarro en el caso de que se le pidieran cuentas, comprendía doce severas acusaciones. Para presidir el tribunal fueron nombrados Almagro y Hernando Pizarro, y oídos como testigos un número de indígenas, cuyas respuestas traducían los intérpretes como les parecía. Ya puede comprenderse cuál sería el desenlace del proceso. Atahualpa fué declarado culpable y sentenciado á morir en la hoguera. Además decidió el tribunal que dicha sentencia, que según aseguraba el Padre Valverde era la más justa que se hubiera dictado jamás, fué efectuada antes de media noche.

Hay que decir en honor de los soldados conquistadores, que algunos de ellos protestaron contra tal sentencia alegando que no se tenían pruebas ciertas de la culpabilidad del Inca ni se había oído su defensa, ni nombrado un defensor. Pizarro fingió ignorar completamente dicha protesta, mandó levantar una hoguera en la plaza de Cajamarca al anochecer de aquel mismo día, 3 de agosto de 1533, é hizo conducir al prisionero al lugar del suplicio. Inútilmente se afaná el fraile Valverde, durante largo rato, para que Atahualpa se bautizara, á lo que accedió cuando se le prometió que sería ajusticiado en la horca en vez de morir en la hoguera. Si consintió en la expresada ceremonia, no fué por temor al fuego, sino porque, según la creencia de sus mayores, podía entrar en la vida eterna si su cuerpo era embalsamado, lo cual no era posible si era su cuerpo reducido á cenizas. Dejose conducir después tranquilamente al banquillo fatal, y fué ahorcado por el verdugo mientras los soldados, provistos de hachones, entonaban el *Credo* y el *De profundis*. Su cadáver quedó expuesto durante toda la noche en el cadalso, y fué enterrado á la mañana siguiente en la capilla de Cajamarca por haber muerto el Inca como cristiano. Hicieron en su honor un solemne funeral, al que asistió Pizarro con sus capitanes vestidos todos de luto. Después de la marcha de los españoles

abrieron los indígenas el sepulcro de Atahualpa, embalsamaron su cadáver y lo llevaron á Puitu para depositarlo en la cripta de sus mayores.

La muerte de Atahualpa tuvo un funesto resultado para el país. Numerosos caciques importantes, que bajo el dominio del Inca habían ocupado altos cargos, se declararon soberanos en sus respectivos territorios, dividiéndose de este modo el poderoso imperio de Tahuantinsuyu en numerosas provincias independientes. No tardó en comprender Pizarro que la ejecución de Atahualpa había sido un acto de impremeditación, y trató de impedir el total derrumbamiento del reino haciendo aclamar por Inca á Tupac Hualpa, hermano menor de Atahualpa. Este había ido á visitar á su hermano á Cajamarca y demostró ser dócil instrumento de los conquistadores. En la plaza de dicha ciudad puso Pizarro por su propia mano las insignias del nuevo Inca, la borla encarnada en la frente, haciéndole jurar luego obediencia y fidelidad al soberano de España. Púsose después el conquistador á la cabeza de su hueste para acompañar á la capital de Cuzco al rey nominal, mas antes de llegar á ella murió Tupac Hualpa, envenenado sin duda por el cacique Chalcuchima, al que mandó inmediatamente Pizarro que quemasen vivo.

Tras algunos combates penetró Pizarro hasta las cercanías del Cuzco, viendo aparecer un día, con gran asombro y alegría, á un hermano del ahogado Huascar, llamado Inca Manco. Ninguna visita podía serle tan agradable como ésta al astuto español, que trató de hacer creer á su huésped que desde un principio sólo había tratado de ofrecer su auxilio á su hermano Huascar contra los ataques de Atahualpa. De tal modo supo Pizarro convencer al heredero del trono, que éste, que iba á rogarle que le ayudase á hacer valer sus derechos, tomó á su cargo el conducir á Pizarro y á los suyos á Cuzco. De este modo pudieron entrar el 15 de noviembre de 1533, y precisamente cuando hacía un año de su entrada en Cajamarca, en la antigua capital del Imperio de los incas sin oposición alguna. La orgullosa ciudad, que en aquel tiempo tenía unos 200,000 habitantes, causó gran impresión en los europeos. Por todas partes elevábanse imponentes palacios de los anteriores Incas, pues cada uno de éstos se había mandado construir uno al encargarse del mando.

La ciudad, edificada con gran regularidad, y sobre la que se elevaba el formidable fuerte de Sacsahuaman, estaba rodeada de sólidas murallas y torres, y tenía en su centro una plaza en la que empezaban las célebres carreteras del Inca. Una de éstas conducía hasta Puitu (Quito) y Pasto pasando por Chinchasuyu; otra, que atravesaba Andesuyu, iba por los Andes; una tercera, pasando por Collasuyu, iba á Chile; y otra, por fin, llegaba al mar atravesando Contisuyu.

Los habitantes de la ciudad eran en su mayor parte parientes de todos

los pueblos sometidos por el Inca; y como los pertenecientes á cada uno de estos pueblos habitaban determinados barrios de la ciudad, era fácil ditinguirlos por su variedad de trajes y peinados.

El templo del Sol era el más grandioso de todos los edificios de la ciudad, y formaba, con las viviendas de sus sacerdotes que le rodeaban, sus jardines, y el *Akljahuassi* ó habitaciones destinadas á las vírgenes del Sol, un barrio separado de la ciudad que llevaba el nombre de *El Dorado*. Cinco sólidas murallas rodeaban el santuario situado sobre una eminencia, y las dos más interiores tenían cuatro torres en sus ángulos. Todas estas murallas estaban hechas de bloques de piedra tan formidables que, según dice un antiguo cronista, «la razón humana no acierta á comprender cómo pudieron transportar los constructores estas piedras, pues son algunas tan grandes que apenas podrían moverlas cuarenta caballos.»

El templo era circular y tenía un tejado en forma de cúpula hecho de mimbres de Itchú. Las techumbres de los aposentos interiores eran, por el contrario, de cedro y planas. El departamento principal estaba dedicado al dios del Sol, y en el muro posterior ostentábase una imagen de oro de éste, de colosal tamaño. También los demás adornos del santuario sobrepujaban en brillo y riqueza á lo que pudiera soñar la imaginación más exaltada. Las puertas tenían abrazaderas de oro y estaban cuajadas de esmeraldas y otras piedras preciosas. Todas las paredes se hallaban revestidas de planchas de oro, y, además de las momias de los Incas, cuajadas de este precioso metal, veíanse estatuas de oro macizo. El número de vasijas, copas, jarros y utensilios dedicados al culto era incalculable.

Una puerta tachonada de plata conducía á la capilla de la Diosa de la Luna, hermana y esposa del Dios Sol, la cual capilla tenía revestidas sus paredes de planchas del mismo metal. Una imagen de la Luna, también de plata, ocupaba el lienzo de pared que daba frente á la puerta de entrada, y á ambos lados de dicha imagen veíanse las momias de las esposas de los Incas, mientras que las de éstos se hallaban al lado de la del Sol. Había un tercer aposento consagrado á las estrellas, todo revestido de oro, y el cual se distinguía por un techo azul en el que brillaban multitud de estrellas del mismo metal.

Apenas establecidos los españoles en Cuzco, cuando ya comenzaron á saquear los templos y palacios; y por más que los indios se apresuraron á ocultar las mejores riquezas, sacaron de la ciudad tesoros mucho mayores que los dados por el Inca para su rescate.

Reprodujéronse las mismas escenas que en Cajamarca después de la repartición del botín, y más de uno perdió en pocas horas los enormes tesoros que un caprichoso destino había puesto en sus manos. Cuéntase que un tal Mancio Serra de Leguizano, al cual había correspondido la gran

imagen del Sol del templo del mismo nombre, la puso á una carta y la perdió. (1).

Con impaciencia esperaban los habitantes el día en que Inca Manco fuera coronado, pues acariciaban la engañosa esperanza de que entonces abandonarían el país los odiados extranjeros. La coronación tuvo lugar en la gran plaza de la ciudad, y consistió en que, después de una solemne misa mayor cantada por el Padre Valverde, puso Pizarro al Inca la borla roja sobre la frente, después de lo cual cogió éste la bandera de Castilla, la agitó varias veces al aire y juró ser vasallo del rey de España.

Luego de haber bebido uno á la salud del otro, brindando en copas de oro, abrazáronse el Inca y Pizarro ante la multitud, que prorrumpió en gritos de júbilo al ver que el reino volvía á tener un Inca.

Pero pronto hubieron de convencerse los peruanos de que el Inca Manco sólo era un espantajo, y que Pizarro empuñaba con mano de hierro las riendas del Estado. Sin contar para nada con el Inca nombraba los empleados, repartía entre sus compañeros los palacios y posesiones de los antiguos soberanos del Perú, hizo transformar el templo del Sol en iglesia cristiana, distribuyó entre sus soldados las vírgenes que en él había é hizo que sus celdas ó habitaciones fuesen ocupadas por religiosas llevadas de España.

A fin de obtener comunicación estable con la costa fundó Pizarro, en 6 de enero de 1535, la Ciudad de los Reyes, la actual Lima. A una segunda ciudad fundada en el mismo año la bautizó con el nombre de Trujillo en honor á su ciudad natal.

Mientras Francisco Pizarro y Diego de Almagro se ocupaban en la conquista y sumisión de la parte Sur del Imperio de los incas, el capitán Sebastián Belalcázar (2), nombrado por Pizarro gobernador de la colonia

(1) Esta obra de arte volvió más tarde á poder de los Incas, para caer otra vez, el año de 1572 en manos de los españoles. Francisco de Toledo se la envió á Felipe II, rogándole que se la remitiese al Papa, pero no llegó á su destino, pues se extravió en el camino desde América al Escorial.

(2) Como complemento á los datos que acerca del célebre conquistador de Quito y fundador de Popayán da el Sr. Cronau, insertamos á continuación su biografía, tomada del *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano* que tiene en publicación la casa editorial de la presente obra.

Hela aquí:

«Nació Sebastián Belalcázar ó Belarcázar en los últimos años del siglo xv en Belalcázar (Córdoba), y murió por los años de 1549 á 1551 en Cartagena (Colombia). Hijo de una familia de aldeanos pobres, pero de limpio linaje, huyó de la casa de su hermano en temprana edad, cuando apeuas contaría más de 15 años; se presentó en Sevilla á D. Pedro Arias Dávila, que se hallaba reuniendo tropas para marchar á Tierra Firme, y, no sin dificultad, consiguió de éste, que había sido nombrado gobernador de Castilla

de San Miguel, trataba á su vez de someter la parte Norte del país. Esta comprendía el antiguo reino de Puitu (Quito) que, como recordará el lector, había regalado el inca Huayna Capac el Grande á su hijo predilecto



Francisco Pizarro

De un grabado publicado en la *Conquest of Peru* de Prescott

Atahualpa. Después de la muerte de éste, quedó Puitu sin dueño, y entonces el general Rumíñahuy, súbdito del difunto inca, habiendo escapado

del Oro, el ser admitido entre los expedicionarios. Sin duda para evitar que lo descubriese su hermano, cambió su verdadero apellido (Moyano) por el de Belalcázar, nombre